

“Mira hasta dónde hemos llegado”. Las organizaciones de trabajadores desocupados entre 2003 y 2015

Marcos Emilio Pérez

Departamento de Sociología y Antropología, Washington and Lee University, Estados Unidos

Resumen

Este artículo contribuye al debate actual sobre movilización y política popular en América Latina, mediante el análisis de la trayectoria de organizaciones en el movimiento piquetero de Argentina. Buena parte de la literatura coincide en que este movimiento luego de 2003 sufrió un pronunciado declive debido a cambios en la estructura de oportunidades políticas. Propongo una interpretación alternativa centrada en un nivel de análisis más micro. Primero, mientras que la influencia del movimiento como actor político disminuyó, en ciertos aspectos varias organizaciones dentro del mismo se fortalecieron. En segundo lugar, esta consolidación ocurrió no a pesar del contexto posterior a 2003, sino a causa del mismo. Tercero, el fortalecimiento de estos grupos fue posible gracias a su inmersión en una cultura política preexistente. Sostengo estas conclusiones en base a entrevistas en profundidad, observación participante, bases de datos de protestas, y una revisión de la literatura.

Palabras clave: Movimientos Sociales, Piqueteros, Argentina, Desempleo, Kirchnerismo.

Abstract:

This article contributes to the current debate on mobilization and popular politics in Latin America by analyzing the trajectory of organizations in Argentina's piquetero movement. Much of the literature agrees that this movement after 2003 suffered a sharp decline due to changes in the structure of political opportunities. I propose an alternative interpretation centered on a more micro level of analysis. First, while the influence of the movement as a political actor diminished, in certain aspects several organizations within it became stronger. Second, this consolidation occurred not in spite of the post-2003 context, but because of it. Third, the strengthening of these groups was possible thanks to their immersion in a preexisting political culture. I support these conclusions based on in-depth interviews, participant observation, databases of protest events, and a review of the literature.

Keywords: Social Movements, Piqueteros, Argentina, Unemployment, Kirchnerism.

Resumo

Este artigo contribui para o debate atual sobre mobilização e política popular na América Latina, analisando a trajetória das organizações no movimento piquetero da Argentina. Grande parte da literatura concorda que esse movimento após 2003 sofreu um declínio acentuado devido a mudanças na estrutura de oportunidades políticas. Proponho uma interpretação alternativa centrada em um nível mais micro de análise. Primeiro, enquanto a influência do movimento como ator político diminuía, em certos aspectos várias organizações dentro dele se tornaram mais fortes. Segundo, essa consolidação ocorreu não apesar do contexto pós-2003, mas por causa disso. Terceiro, o fortalecimento desses grupos foi possível graças à imersão em uma cultura política pré-existente. Apoio essas conclusões com base em entrevistas aprofundadas, observação dos participantes, bancos de dados de eventos de protesto e uma revisão da literatura.

Palavras-chave: Movimentos Sociais, Piqueteros, Argentina, Desemprego, Kirchnerismo.

Agradecimientos:

Varias personas e instituciones hicieron posible este artículo, y a todas ellas quiero expresar mi más sincero agradecimiento. En primer lugar, decenas de participantes en el movimiento de trabajadores desocupados compartieron conmigo sus impresiones, ideas y experiencias. Mi investigación de campo contó con el financiamiento de fondos del Departamento de Sociología y el Instituto Lozano Long de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Texas en Austin, así como de una Beca de Mejoramiento de la Investigación de Tesis Doctoral de la National Science Foundation (ID: 1406244). Una versión previa en inglés de este artículo fue publicada en la revista *Latin American Research Review*, 53(2): 287–302. Tres revisores anónimos ofrecieron comentarios extensos sobre una versión anterior del manuscrito. Mis colegas en el Laboratorio de Etnografía Urbana y los Departamentos de Sociología y Gobierno de la Universidad de Texas en Austin, así como los Departamentos de Sociología y Estudios Latinoamericanos en Colby College, ofrecieron sugerencias extremadamente útiles. El grupo GEPSAC de la Universidad de Buenos Aires y Patricio Giusto de Diagnostico Político me dieron acceso a sus bases de datos. Paola Nalvarte colaboro con la traducción. Además, el Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Universidad de Buenos Aires y la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Jujuy proporcionaron un importante apoyo logístico para mi trabajo de campo.

Introducción

En las últimas décadas, los movimientos sociales se han convertido en un actor crucial en la política latinoamericana. Además de su importante rol en la transición hacia la democracia, militantes en todos los países de la región han luchado consistentemente por el reconocimiento de nuevos derechos civiles, económicos y sociales. Recientemente, organizaciones que emergieron como una reacción defensiva ante reformas neoliberales han sido uno de los motores detrás del “giro a la izquierda” de los gobiernos latinoamericanos en los primeros quince años del siglo XXI (Silva, 2009; Levitsky y Roberts, 2011). Sin embargo, capturar la complejidad de la mayoría de estos movimientos continúa siendo un reto pendiente. La literatura tiende a aglutinar experiencias heterogéneas, ignorar casos de movilización fallida, y minimizar los vínculos entre distintas formas de participación política (Roberts, 2008).

Las siguientes paginas contribuyen a la discusión de estas cuestiones por medio de la exploración de una de las experiencias contemporáneas de acción colectiva más influyentes en Latinoamérica: el Movimiento de Trabajadores Desocupados de Argentina. Durante la década de 1990, referentes barriales comenzaron a organizar grupos de personas desempleadas a lo largo del país, con el objetivo de denunciar la creciente emergencia social. El uso de cortes de ruta para demandar la distribución de asistencia social dio lugar al nombre con el que se conoce más comúnmente al movimiento: los *piqueteros*. Estas organizaciones rápidamente se convirtieron en uno de los principales actores en las protestas durante los años de la gran crisis argentina de principios de siglo. Sin embargo, pese a su importante crecimiento, los piqueteros no lograron mantener su ímpetu luego del colapso de la economía en 2001-2002 (Svampa, 2008; Delamata, 2009; Pérez, Pereyra y Schuster, 2008). La combinación de una significativa recuperación económica, el surgimiento de una nueva coalición de gobierno, cambios en la opinión pública, y conflictos internos, generaron que el movimiento pierda capacidad de movilización.

En este artículo apunto a complementar las interpretaciones existentes acerca de la trayectoria de los piqueteros, centrándome en las dinámicas a un nivel más micro. Propongo que, pese a la menor influencia del movimiento en su conjunto a partir de 2003, al nivel de las organizaciones la historia es más compleja, dado que en importantes aspectos algunas de ellas se vieron fortalecidas. Aunque es verdad que los grupos piqueteros perdieron capacidad de movilización en ese periodo, hacia 2015 contaban con más recursos institucionales y mayor reconocimiento de parte de las autoridades que a principios de siglo. Además, si bien la membresía general de las organizaciones decayó, muchas de ellas lograron consolidar un núcleo de militantes comprometidos a su interior.

Asimismo, examino las formas en que el contexto posterior al 2003 contribuyó a este fortalecimiento organizacional. Propongo que algunos grupos de piqueteros pudieron adaptarse a las cambiantes oportunidades políticas asociadas con la recuperación económica y el surgimiento de un nuevo gobierno nacional. Mientras que en los años subsiguientes a la crisis de 2001-2002 se hizo más difícil convocar a protestas masivas, al mismo tiempo se abrieron oportunidades para consolidar el acceso a recursos institucionales. En el corto plazo, al igual que varias administraciones en otros países latinoamericanos, los gobiernos de Néstor y Cristina Kirchner (2003-2015) buscaron incorporar movimientos sociales a sus

coaliciones de apoyo. En el largo plazo, las transformaciones estructurales de la política social que se dieron desde los años noventa hicieron posible el surgimiento de relaciones simbióticas entre funcionarios públicos y todo tipo de organizaciones piqueteras. Los organismos estatales redujeron sus responsabilidades mediante la delegación del manejo de políticas sociales a redes de actores locales, mientras que los activistas adquirieron recursos que no hubieran podido obtener de otro modo.

Finalmente, sugiero que una conceptualización más amplia de las organizaciones piqueteras permite comprender mejor su historia reciente. Busco complementar los estudios al nivel del movimiento (Svampa y Pereyra, 2003; Pereyra, Pérez y Schuster, 2008; Kaese y Wolff 2016) con análisis etnográficos de la política popular en Argentina (Auyero, 2001; Grimson, Ferraudi Curto y Segura, 2009; Quirós, 2011; Manzano, 2013), así como con mi propio trabajo de campo, para resaltar las conexiones entre las organizaciones de trabajadores desocupados y otras instancias de la vida comunitaria en los barrios de clase obrera del país. Si bien es cierto que los grupos piqueteros desarrollaron importantes innovaciones en su labor y agenda, al mismo tiempo no dejaron de recurrir a tradiciones políticas locales. En gran medida, fue su articulación con formas convencionales de política popular, más que su separación de ellas, lo que les permitió permanecer activos pese a altibajos en su membresía.

Trayectorias de movimientos sociales: más allá de los ciclos de protesta

La literatura sobre movimientos sociales ha tendido a centrarse mucho más en el surgimiento de la acción colectiva que en su sostenimiento y declive (Owens, 2009). Como resultado, nuestra comprensión de los mecanismos que ocasionan el debilitamiento de la movilización es menos desarrollado que nuestro conocimiento de los procesos que afectan su emergencia (Lapegna, 2013).

Una de las formas principales con que los investigadores han abordado el declive de la acción colectiva ha sido a través del estudio de ciclos de contención (Tarrow, 1994). Los movimientos sociales tienden a agruparse en el tiempo: el éxito de los primeros manifestantes genera un efecto demostración para otros actores, lo que a su vez promueve aún mayores protestas. Sin embargo, eventualmente el proceso se revierte: surgen tensiones entre organizaciones, los adversarios se empoderan, el público pierde interés, los aliados retiran su apoyo y los participantes empiezan a abandonar la causa, poniendo fin al ciclo (Hirschman, 1982; McAdam, 1982; Tilly, 2004).

Esta literatura ofrece aportes sustantivos en cuanto a las variables que afectan el activismo a nivel macro-social. Sin embargo, la misma también asume una simetría entre el surgimiento y el declive de la acción colectiva que rara vez ocurre en la realidad. El debilitamiento de la contención no es simplemente el inverso de su emergencia. Más bien, es un proceso específico, con mecanismos y determinantes propios (Edwards y Marullo, 1995). Los movimientos sociales por lo general no se desvanecen, sino que tienen efectos perdurables a nivel individual, grupal y social (Giugni, 2008). La tendencia de la literatura a centrarse en el surgimiento de la movilización nos ha llevado en gran medida a explorar su deterioro a través de extrapolaciones: si una serie de condiciones conducen al crecimiento de la acción colectiva, asumimos que el debilitamiento de las mismas conduce a su colapso.

Más aún, las trayectorias de organizaciones dentro de un movimiento social son más complejas que lo que sugiere la literatura sobre ciclos de protesta. Estos grupos rara vez dejan de existir cuando disminuye la atención del público o cuando el descontento da lugar a tiempos de estabilidad. Al contrario: durante periodos adversos a la movilización, las organizaciones sirven como espacios en los que activistas comprometidos pueden mantener su involucramiento. Así, pese a que las apariencias indiquen que un movimiento se encuentra en declive, las conexiones entre sus participantes pueden sostener redes de militantes, proveyendo el ímpetu para el resurgimiento de la acción colectiva cuando las circunstancias lo permitan (Rupp y Taylor, 1987; Melucci, 1989; Staggenborg, 1998). Además de que rara vez las organizaciones colapsan del todo, partes de ellas son frecuentemente incorporadas a otras instituciones, conservando la influencia del movimiento incluso luego del clímax de la contención. Sus activistas son reclutados en organismos del estado, sus agendas son adoptadas por otros actores, y sus repertorios son emulados por manifestantes en otras causas. Consecuentemente, las relaciones y experiencias desarrolladas durante picos de protesta pueden institucionalizarse en otras formas de hacer política. Esto implica potenciales dilemas para los militantes, pues puede limitar sus opciones estratégicas, incrementar su dependencia de fuentes externas de apoyo y obligarlos a moderar sus demandas (Piven y Cloward, 1977; McAdam, 1982; Álvarez, 1999). Sin embargo, dicha situación puede también abrir caminos para permanecer activos en el largo plazo (Gamson, 1975; Andrews, 2004; Banaszak, 2010). Los activistas logran frecuentemente promover los objetivos de sus movimientos desde el aparato estatal (Santoro y McGuire, 1997; Pettinicchio, 2012), siguiendo cursos de acción independientemente de la voluntad de sus aliados (Baocchi, 2005; Park y Richards, 2007; Álvarez, 2009).

En resumen, los movimientos sociales no emergen de la nada ni se evaporan del todo cuando su presencia en las calles disminuye. Tampoco operan en el vacío: los activistas están inmersos en un contexto social que configura su mensaje (Benford y Snow, 2000), trayectoria (Viterna, 2013), motivaciones (Jasper, 1997), recursos (Morris, 1984) y repertorios (Tarrow, 1994). Como resultado, la novedad de la acción colectiva es siempre relativa: históricamente la misma ha emergido de instancias previas de movilización y ha implicado la combinación de aspectos innovadores con tácticas establecidas (Thompson, 1971; Sewell, 1980; Tilly, 2004). Por ello, analizar el crecimiento, persistencia o declive de organizaciones de base requiere un profundo examen de su entorno social.

El estudio de los mecanismos que sostienen la acción colectiva en distintos contextos es esencial debido al rol que los movimientos sociales han jugado históricamente en la expansión de derechos sociales y políticos (Tilly, 2004). Este hecho es particularmente notorio para el caso de Latinoamérica en las últimas décadas. En primer lugar, las organizaciones de base cumplieron un rol clave en los procesos de democratización desde inicios de la década de 1980, denunciando violaciones de derechos humanos y exigiendo elecciones libres. Segundo, activistas de todo tipo han promovido la expansión de derechos sociales y económicos, atendiendo a las necesidades de poblaciones marginalizadas y fomentando nuevas formas de peticionar a las autoridades (Roberts, 2008). Finalmente, en los primeros quince años del siglo XXI, gobiernos de la región buscaron incorporar organizaciones de base a sus coaliciones de apoyo, incrementando así la influencia de las mismas en la formulación de políticas (Levitsky y Roberts, 2011). Estas agrupaciones emergieron de instancias previas de acción colectiva, y se caracterizaron desde el principio por una fuerte articulación con

otras instancias de la vida pública de sus respectivos países. En otras palabras, los movimientos sociales, tanto en Latinoamérica como en otras partes del mundo, son parte de un contexto. Pocos casos lo demuestran tan claramente como los piqueteros.

Metodología

En este artículo utilizo cuatro fuentes de evidencia: entrevistas en profundidad; observación participante; bases de datos de protestas; y fuentes secundarias, incluyendo artículos académicos y trabajos de periodistas y militantes.

Las dos primeras fuentes provienen de un trabajo de campo etnográfico realizado a lo largo de tres años y medio en dos ciudades argentinas: Buenos Aires y San Salvador de Jujuy. El mismo se llevó a cabo durante julio-agosto de 2011, mayo-julio de 2012, mayo-julio de 2013, y durante todo el año 2014. Escribí notas de campo diariamente, e hice entrevistas con 153 activistas pasados y presentes de once organizaciones piqueteras. Sus experiencias reflejan diferentes momentos de la historia del movimiento: 26.1% se unieron a la organización en los años noventa, 54.2% en la década de 2000 y 17.6% en 2010 o después. Las transcripciones de las entrevistas y las notas de campo fueron analizadas utilizando codificación abierta y focalizada (Emerson, Fretz y Shaw, 1995). Primero las leí en detalle, dando cuenta de patrones en la evidencia, y luego utilicé dichos patrones para crear una lista más específica de nodos, que sirvió como guía para realizar un nuevo y más sistemático análisis línea por línea de los datos. De ese modo, pude identificar tendencias en las experiencias de los participantes en mi estudio, así como en las trayectorias de sus organizaciones.

La tercera fuente consiste en tres bases de datos de protesta. La primera fue creada por el Grupo de Estudio de la Protesta Social y Acción Colectiva (GEPsAC) de la Universidad de Buenos Aires. Incluye todas las protestas registradas entre 1983 y 2006 en dos de los diarios más leídos de Argentina, *Clarín* y *La Nación*, clasificándolas en relación con variables tales como organizadores, repertorios, y demandas (Schuster et al., 2006). Esta base ofrece información sobre la importancia de las organizaciones durante el periodo que siguió al colapso económico de Argentina en 2001-2002. Me enfoqué en las protestas en la zona metropolitana de Buenos Aires dada su mayor visibilidad en la prensa nacional, lo que resulta en mayor precisión respecto a su número y concurrencia. La segunda base de datos fue creada por Nueva Mayoría, un centro de estudios ubicado en Buenos Aires, y registra todos los cortes de ruta en Argentina entre 1997 y 2007. Elegí esta década dado que es el periodo en el que dicho repertorio estuvo estrechamente asociado con el movimiento piquetero, lo cual ofrece una mejor aproximación a la extensión de su presencia en las calles (Nueva Mayoría, 2008, 2009, 2016). La tercera base de datos es de Diagnóstico Político, una consultora que ha compilado el número, la locación y los organizadores de cortes de ruta en Argentina entre 2009 y 2016 (Giusto, 2016).

La cuarta fuente consiste en la abundante literatura sobre los piqueteros, tanto de académicos (Svampa y Pereyra, 2003; Svampa, 2008; Garay, 2007; Pereyra, 2008; Pereyra, Pérez y Schuster, 2008; Grimson, Ferraudi Curto y Segura, 2009; Quirós, 2011; Manzano, 2013; Rossi, 2015; Pozzi y Nigra, 2015; Kaese y Wolff,

2016), periodistas (Young, 2008; Russo, 2010; Boyanovski Bazam, 2010), y militantes (Colectivo Situaciones y MTD Solano, 2002; FPDS, 2003; Kohan, 2002; Mazzeo, 2004; Oviedo, 2004; Gómez y Massetti, 2009). En conjunto, estos trabajos proveen una amplia gama de perspectivas sobre la historia del movimiento.

La combinación de distintas fuentes abre la posibilidad de identificar diversos mecanismos que afectan la trayectoria de las organizaciones y observar los mismos eventos desde diferentes perspectivas. Esta triangulación metodológica (Denzin, 1978) permite examinar la solidez de las hipótesis y confrontar las limitaciones de cada tipo de información. En especial, las fuentes secundarias y bases de datos permiten resolver potenciales imprecisiones en las entrevistas respecto de eventos pasados, algunos de los cuales ocurrieron hace dos décadas (Weiss, 1994).

Resultados

Declive numérico, fortalecimiento organizacional

El movimiento piquetero surgió a mediados de la década de 1990, como respuesta al incremento de la pobreza y el desempleo generado por drásticas reformas neoliberales. Referentes comunitarios comenzaron a conformar grupos de trabajadores desempleados en diferentes ciudades de Argentina, con el fin de demandar trabajo y acceso a programas de emergencia social. A pesar de los diversos orígenes de estos grupos (Svampa y Pereyra, 2003), los mismos desarrollaron rápidamente un repertorio y estructura interna similar, que les permitió reclutar miembros y ganar influencia. La mayoría de las organizaciones son redes de grupos locales que realizan cortes de calles para exigir la distribución de asistencia social, usualmente en forma de alimentos (“mercadería”) y puestos en programas de transferencias condicionadas (“Planes sociales” o simplemente “planes”). En caso de tener éxito, distribuyen parte de estos recursos entre sus miembros, y utilizan el resto para desarrollar un amplio rango de servicios sociales en barrios marginados. La posibilidad de obtener recursos necesarios para la supervivencia atrae gente a estos grupos, lo cual a su vez les permite seguir llevando a cabo protestas.

Durante sus primeros años de existencia, el movimiento creció exponencialmente. Hacia 2002, había reclutado miles de activistas, protagonizado las protestas de fines de 2001 —que contribuyeron a la caída del gobierno nacional— y forzado cambios significativos en políticas públicas. Este crecimiento tuvo tremendos costos, tales como el asesinato a manos de la policía de dos militantes en junio de 2002 (FPDS, 2003). Entre 1997 y 2002, más de diez personas murieron durante protestas piqueteras (CELS, 2003). Pese a estas tragedias, el movimiento se convirtió en un actor prominente en la política nacional.

Sin embargo, el movimiento piquetero no pudo mantener el mismo nivel de crecimiento luego de 2002, debido a una serie de desafíos significativos (Svampa, 2008; Pereyra, 2008). En primer lugar, la recuperación económica a partir de ese año causó una sostenida caída del desempleo. A pesar de la persistencia de altos niveles de informalidad y precariedad (MTESS, 2010), la expansión de oportunidades laborales gradualmente

redujo la centralidad de grupos de piqueteros para la supervivencia de familias de clase trabajadora. En palabras del líder de una organización:

El 2001 fueron tiempos terriblemente convulsionados. Y eso se extendió por varios años. Luego una relativa estabilidad económica, entre comillas, producto de la entrada de los commodities, y el alto precio, hizo que se estabilizara un poco, no porque se hubieran resuelto todas las necesidades de fondo, sino porque hubo posibilidad, como decimos nosotros, de zafar un poquito, de aquel que no tenía ningún trabajo acceder a lo mejor a alguna changa, a algún trabajo precarizado, en un país que tiene un 40% de trabajo en negro, alguno con más suerte un trabajo regular, los menos, que pudiera ayudar a resolver las necesidades más apremiantes. (Patricio)

Además, el mismo crecimiento económico también facilitó la reconstitución del sistema político que había sido afectado por la crisis (Pereyra, Pérez y Schuster, 2008). Luego de años de déficit, el final de la recesión trajo consigo superávits en las cuentas públicas, incrementos de las reservas fiscales y una expansión de las redes oficiales de asistencia. Como resultado, la legitimidad de las instituciones representativas a nivel local, provincial y nacional mejoró significativamente, al igual que la confianza ciudadana en la habilidad del gobierno para resolver los problemas del país (UTDT, 2011).

El contexto posterior a la crisis también ocasionó un declive del apoyo público a los piqueteros. Poco después de 2002, la simpatía de la clase media hacia el movimiento comenzó a decaer, dando lugar a un clamor por el retorno de “tiempos normales”, promovido en parte por una cobertura mediática crecientemente hostil (Svampa, 2008). El uso de cortes de calle por parte de gente pobre comenzó a ser criticado por un discurso público que contrastaba “el derecho a protestar” con “el derecho al libre tránsito” (Gómez y Massetti, 2009).

Finalmente, muchas alianzas al interior del movimiento colapsaron. Ello causó crecientes dificultades para coordinar acciones y redujo la influencia de organizaciones más allá del nivel local. El surgimiento de un gobierno de centro izquierda en 2003 exacerbó las divisiones entre las organizaciones e introdujo un clivaje central entre seguidores y opositores de las presidencias de Néstor Kirchner (2003-2007) y Cristina Fernández de Kirchner (2007-2015). La habilidad de los Kirchner para crear una coalición de fuerzas en pos de un proyecto político que se distanció del de administraciones previas privó a los piqueteros de la ecuación “gobierno=antagonista” que había prevalecido hasta entonces. Consecuentemente, los conflictos existentes en el movimiento se intensificaron (Pereyra, Pérez y Schuster, 2008; Kaese y Wolff, 2016).

En suma, el contexto post-2003 estuvo caracterizado por la recuperación económica, una reconfiguración de las élites políticas, mejoras en las capacidades estatales, y cambios en la opinión pública. Luego de alcanzar su apogeo a inicios de la década, las organizaciones de piqueteros comenzaron a perder miembros y confrontaron crecientes dificultades para superar sus diferencias. Este complicado contexto forzó a muchas de ellas a adaptar sus estrategias y, en especial, a recurrir con menor frecuencia a movilizaciones disruptivas (Pereyra, Pérez y Schuster, 2008; Boyanovski Bazam, 2010; Kaese y Wolff, 2016).

La evidencia cuantitativa indica consistentemente un escenario de pérdida de ímpetu. El gráfico 1, en base a datos de Nueva Mayoría, muestra que los cortes de rutas en el país alcanzaron su zénit en 2002 y luego decayeron. El gráfico 2, utilizando información del GEPSAC, revela que el porcentaje de protestas registradas en Buenos Aires en las que participaron grupos piqueteros cayó de 40.8% a 15.9% en tan solo dos años.



Como se puede apreciar, luego de 2004, las organizaciones de trabajadores desocupados tuvieron menor presencia en las calles. A medida que varios grupos (por ejemplo, sindicatos, terratenientes y ambientalistas) fueron adoptando este tipo de estrategia (Nueva Mayoría, 2016), la proporción de cortes organizados por militantes piqueteros cayó de cuatro de cada cinco entre 1997 y 2004 a uno de cada cinco en 2006-2007. La decreciente presencia pública del movimiento se tornó particularmente notoria en 2008: aunque protestas de productores rurales multiplicaron el número de bloqueos ese año en todo el país, menos del 1% de estas protestas fueron organizadas por agrupaciones piqueteras (Nueva Mayoría, 2008, 2009). Hoy en día, el movimiento es responsable de una fracción de lo que fue su principal forma de protesta: de acuerdo con la base de datos de Diagnóstico Político, entre 2009 y 2015, el porcentaje de cortes realizados en el país por organizaciones de piqueteros fue solo 16% en promedio.

En resumen, a medida que el mercado laboral y el sistema político se recobraron de los peores años de crisis, el movimiento piquetero perdió mucha de su influencia (Svampa, 2008; Pérez, Pereyra y Schuster, 2008; Delamata, 2009; Pozzi y Nigra, 2015). Sin embargo, una exploración de las dinámicas a un nivel de análisis más micro sugiere una historia más compleja. Aunque no fueron capaces de mantener el ímpetu de 2001-2002, las organizaciones piqueteras no dejaron de existir (Kaese y Wolff, 2016). Por el contrario, a lo largo de los años algunas de ellas acumularon considerables recursos y capacidades. En particular, hay tres aspectos en los que estos grupos se encuentran en una mejor situación que a principios de siglo: (a) su reconocimiento como administradores de políticas sociales; (b) el número de activistas comprometidos con los que cuentan; y (c) la cantidad de recursos organizacionales de que disponen.

Primero, los piqueteros han sido cada vez más reconocidos por las autoridades como efectivos administradores de la asistencia social. Las interacciones entre activistas y funcionarios revelan una colaboración regular pese a desacuerdos ocasionales. Los nexos entre estos actores se han solidificado a lo largo de los años como una práctica política aceptada, especialmente a nivel local. Los canales de comunicación permanecen abiertos para organizaciones tanto opuestas como aliadas al gobierno nacional, incluso durante periodos de conflicto (Quirós, 2011; Battezzati, 2012). Como explica Rossi (2015), este creciente reconocimiento oficial es producto de un proceso mediante el cual grupos piqueteros y otras organizaciones de base han procurado su inclusión en la arena política. Usando protestas disruptivas, el movimiento de trabajadores desocupados ha exigido (a veces con éxito) “la presencia del Estado como más que una mera institución represiva” en la vida de sus miembros (Rossi, 2015, 3). Valentina —quien pese a pertenecer a una organización opositora, se reúne constantemente con funcionarios para garantizar una implementación fluida de los programas sociales— ofrece un buen ejemplo:

Si antes un compañero no cobraba, nosotros salíamos todos a la ruta para qué cobre ese compañero, en cambio ahora es otro momento político, vos ahora negocias, cae un compañero y vos vas a hacer el reclamo directamente al funcionario. y como hay acuerdos políticos, entonces eso vuelve a cobrar el compañero, no hace falta que vayan todos. Yo voy ahí, llevo las planillas, hago el reclamo y ahí vuelvo a salir. Esa es mi tarea ahora.

Segundo, mientras la membresía en la mayoría de organizaciones piqueteras ha menguado, muchas de ellas cuentan con un núcleo de activistas experimentados y leales. El paso del tiempo permitió transformar en cuadros comprometidos a personas que originalmente se unieron forzadas por las circunstancias. A pesar

de que pocos miembros ingresan al movimiento por simpatía ideológica, la mayoría tiene escasa experiencia política, y casi todos enfrentan barreras en cuanto a su participación, algunos de ellos gradualmente desarrollan una fuerte conexión con su grupo. Así, varias organizaciones han consolidado en su interior redes de militantes fieles. Por ejemplo, Simón y Belén pertenecen a grupos que han seguido estrategias diametralmente opuestas. La organización de Simón fue una de las primeras en oponerse al gobierno de los Kirchner, mientras que la de Belén ha sido uno de sus apoyos más confiables. Sin embargo, ambos subrayan el mismo punto como un logro crucial:

Antes vos venias, convocabas, marchabas, se conseguían los planes, y vos movías que se yo, 20 micros en una movilización de gente que en definitiva por ahí pasaban por la organización y vos ni le conocías el nombre, por la cantidad que había, y porque venían con un interés concreto. Hoy por lo menos nuestro movimiento todos los compañeros que están están por convicción, o sea los que siguen han tenido y han sido tentados en muchas oportunidades, los gobiernos de turno, y siguen porque están convencidos de lo que están haciendo. Por eso siento que los compañeros dicen “ahora no tenemos tanta cantidad pero tenemos más calidad. (Simon)

Estamos mucho mejor. Mucho más politizados. El paso de entender, hay muchos compañeros que no entendían, que solamente estaban por ahí en el barrio, en la asistencia, en el mejorar, en el barrio. Sin asociarlo con la política. Entonces eso llevo un par de años, y ahora estamos mucho más maduros, hasta los compañeros más de base entienden lo que es la política [nuestra]. (Belén)

La evidencia de este fortalecimiento proviene de la observación participante y de entrevistas con miembros de base. De los 110 participantes que se unieron desde 2000, cuarenta (36%) indicaron que tenían percepciones negativas del movimiento al momento de sumarse; sin embargo, con el tiempo realizaron sacrificios personales para permanecer involucrados con sus organizaciones (todos ellos mencionaron ejemplos concretos, tales como rechazar ofertas lucrativas, renunciar a actividades agradables debido a falta de tiempo, o cortar lazos con parientes opuestos a su activismo). Además, durante el trabajo de campo, vi a 37 de estos entrevistados pasar voluntariamente más tiempo en la organización que lo requerido. Muchos de ellos usan similares términos para describir su creciente compromiso: “es como que te vas metiendo, metiendo, metiendo” (Leila), “Agarré metiendo más, más y de acá me voy a ir cuando me muera.” (Valentina), “me empecé a empapar, empapar, empapar, conocer la gente, y así hasta que quedé ahí adentro, no salgo más” (Macarena).

Finalmente, algunas organizaciones no solo han fortalecido su círculo interno de activistas, sino que también han acumulado recursos y experiencia en los últimos quince años, lo que les permite llevar adelante proyectos más ambiciosos y ser más resistentes a tiempos adversos. Cuando le pregunté al líder de una agrupación piquetera partidaria del gobierno sobre los cambios en los últimos años, me contestó lo siguiente:

Hoy va a ser diez años del 19 y 20 de diciembre [de 2001]. Hoy, y lo que fue el 19 y 20 de diciembre, esto es Europa. Yo te digo, estoy hablando con vos y estoy viendo cómo voy a hacer para comprar más computadoras [para un aula]. En esa época estaba yo juntando kilos de arroz casa por casa, solidariamente para que si juntábamos 10 kilos de arroz entre todos y hacíamos una olla grande, rendía más la olla grande arroz y guiso, que si cada uno comía el arroz en su casa. (Mario)

Los grupos opuestos al gobierno también desarrollaron capacidades valiosas. Inés compara lo difícil que fue para su organización terminar su primer proyecto de viviendas, con la efectividad que progresivamente el grupo adquirió para lidiar con construcciones más complejas, incluyendo infraestructura sanitaria y trabajos en el sector privado:

No había mano de obra calificada, era nuestra primera experiencia en cooperativa. Y había que construir vivienda para nuestros propios compañeros. Ahí, me acuerdo, llegamos al punto de tener tan mala experiencia que hemos laborado casi 6 meses sin cobrar nada. Era todo solidario, porque el objetivo era terminar. Sea como sea nosotros las viviendas las teníamos que terminar. Me acuerdo que había compañeros que hacían la pared y no dejaban la apertura para poner la ventana. Había compañeros que ponían la puerta al revés... mira, millones de desastres hemos hecho ahí [...] y después de ese hicimos muchas etapas de vivienda. Y todas las hemos terminado. Después empezamos con la red de agua potable. [...] Después empezamos con la construcción de las veredas. Después empezamos con las pinturas en las escuelas. Pintura y refacción en las escuelas. Después los refugios para colectivos. [...] Entonces yo, a todo el mundo le digo lo mismo, porque yo, cuando vi como terminó la obra del banco, me emocioné pero de verdad, porque justo en la esquina, en la panadería, tenemos un refugio. Que hicimos nosotros. Y después para acá tenemos la obra del banco. Y yo miro esa obra y miro el refugio, y digo “mirá hasta donde hemos llegado”.

En resumen, enfocarse en el declive general del movimiento sin prestar atención a lo que ocurre en otros niveles de análisis puede oscurecer aspectos cruciales de la trayectoria de los piqueteros. Si bien las multitudinarias manifestaciones de inicios de la década de 2000 son mucho menos comunes quince años después, numerosos grupos de piqueteros se mantuvieron activos en el ínterin. Por lo tanto, el estudio de las dinámicas a nivel local nos permite entender las maneras en que el ambiente político post-2003 ofreció —pese a innegables dilemas— oportunidades significativas para el desarrollo de organizaciones de base.

Oportunidades políticas cambiantes

Aunque las oportunidades para protestas masivas se tornaron más limitadas pasado el periodo de crisis de 2001-2002 (Svampa, 2008; Pereyra, Pérez y Schuster, 2008), hay dos razones por las cuales este nuevo contexto no fue totalmente negativo para las organizaciones piqueteras. En el corto plazo, la emergencia de un nuevo gobierno nacional necesitado de expandir su coalición de apoyo generó oportunidades para la creación de valiosos acuerdos. En el largo plazo, las reformas de políticas sociales implementadas desde los noventa expandieron el rol de instituciones de la sociedad civil (incluyendo grupos piqueteros de variadas ideologías) en la administración de recursos estatales.

El contexto de corto plazo benefició a las organizaciones aliadas al gobierno. De forma similar a como ocurrió en otros países de la región (Álvarez, 2009; Rossi, 2015), las administraciones de los Kirchner —quienes llegaron al poder con tan solo 22.2% de votos— procuraron alianzas con organizaciones de base (Boyanovsky Bazam, 2010; Perelmiter, 2012). La necesidad del gobierno de obtener la lealtad de estos grupos generó aperturas para las organizaciones que llevaban años movilizándose en pos de sus comunidades. El gobierno ofreció recursos para sostener y expandir sus actividades:

En el 2004 viene Alicia Kirchner [Ministra de Desarrollo Social] acá, y nos propone sumarnos, a todas las fuerzas a nivel nacional, adentro del proceso del ministerio de desarrollo social. Es decir, que las cosas que hacíamos gratis todos, la hagamos desde el Estado. Así que el programa de alfabetización, lo hacíamos nosotros, pero desde el Estado. (Mario)

El gobierno también ofreció a distintas agrupaciones puestos de alto nivel en organismos estatales estratégicos. Asimismo, varios militantes lograron acceder a bancas legislativas:

[Logramos] el reconocimiento de otros sectores, la posibilidad de, que se yo, nosotros por ejemplo, de alguna manera estamos en la Comisión Nacional de Tierras, que depende de Jefatura de Gabinete. Que no es poca cosa, porque ahí se ven muchas problemáticas, y de alguna manera se solucionan muchas problemáticas de tierra. Tenemos una diputada provincial, que también es presidenta de la comisión de tierra de la legislatura de la provincia. Y bueno, todo eso, y... otros compañeros que tienen cargos políticos. O sea, nosotros estábamos en nada. Entonces, hay como una acumulación. (Graciela)

Finalmente, las organizaciones afines al gobierno recibieron fondos para el manejo de puestos en programas de asistencia laboral y en proyectos de construcción e infraestructura. La estrategia del gobierno nacional de fortalecer alianzas abrió ventanas para la transferencia directa de recursos a grupos de base, esquivando

niveles de gobierno controlados por partidos opositores o aliados poco confiables. Esto fue especialmente importante en aquellos distritos donde las élites locales aprovecharon su distancia respecto de Buenos Aires, así como el control de recursos estratégicos, para resistir en parte la agenda del gobierno federal. Tal fue la situación en San Salvador de Jujuy, donde el gobierno de los Kirchner utilizó programas federales para apoyar directamente a organizaciones aliadas (Battezzati, 2012). En palabras de una activista:

No sé cómo pasó el tiempo que de repente de un momento a otro [la organización] creció tanto, es impresionante, parece que hubiera sido ayer que empezamos con las marchas y ahora ya tenemos un montón... en realidad ya tenemos el barrio. Creció bastante, a lo que era, creció muchísimo.” (Amanda)

Organizaciones como las de Mario, Graciela y Amanda obtuvieron financiamiento estatal para actividades que les había sido difícil sostener a lo largo de los años. Más aún, este apoyo provino de un gobierno que (al menos retóricamente) compartía muchas de sus ideas, y en un contexto regional en el cual varios países latinoamericanos eligieron a presidentes de izquierda. La táctica de los Kirchner consistió en apoyar a grupos de base potencialmente afines, otorgándoles recursos e incorporándolos en la coalición de gobierno (Boyanovski Bazam, 2010; Rossi, 2015; Kaese y Wolff, 2016).

Sin embargo, aunque las administraciones de los Kirchner privilegiaron la relación con grupos aliados, las organizaciones opositoras también se beneficiaron con recursos estatales. En gran medida, esta situación se debió al poder de negociación de la acción colectiva y al recelo oficial a pagar el costo político de reprimir a manifestantes, lo que llevó a las autoridades de distintos niveles a distribuir planes y alimentos para desactivar protestas y solucionar conflictos. Sin embargo, esta situación también fue posible gracias a transformaciones de más largo plazo en el manejo de la política social. A partir de los años noventa, los programas de bienestar social en Argentina y en otras partes de Latinoamérica pasaron de una lógica universalista a una más focalizada (Lo Vuolo et al., 2004; Barrientos y Santibáñez, 2009), en la cual las agencias estatales delegaron una porción importante del manejo de la asistencia social a todo tipo de organizaciones de base (Álvarez, 1999, 2009; Park y Richards, 2007). Esta focalización permitió a grupos piqueteros de diversas ideologías distribuir recursos directamente, lo a su vez los ayudó a consolidarse internamente y reclutar más miembros (Garay, 2007; Manzano, 2013).

En otras palabras, militantes y funcionarios gradualmente desarrollaron un vínculo simbiótico. Mientras que los organismos oficiales pudieron terciarizar la responsabilidad de la implementación de la política social a otros actores, los activistas obtuvieron valiosos recursos. Dado el contexto de extrema pobreza en el que están inmersos, las organizaciones de piqueteros no pueden recaudar de entre sus miembros los fondos y bienes necesarios para su operación. Al contrario, son los activistas los que requieren apoyo del movimiento para mantener su compromiso a tiempo completo. Por lo tanto, los recursos necesarios para mantener la acción colectiva en estas comunidades son provistos por diversos programas estatales, a través de negociaciones constantes con las autoridades. Esta dinámica es evidente en el trabajo cotidiano de las organizaciones en mi estudio. Escribí las siguientes notas luego de una reunión de rutina de uno de los

grupos opositores más grandes en el movimiento:

Extracto de notas de campo, 18/07/2014

La reunión fue sobre temas similares a los de siempre: planes y beneficiarios. Gimena explico una situación que había con algunos beneficiarios. De ahí se pasó al tema principal: el monotributo social de varios beneficiarios. [...] Diego dijo que había sido un error decirles a los beneficiarios que no pagaran el monotributo. Dijo que aunque 73 pesos por mes es bastante dado que cobran mil pesos, no queda otra porque si no tenés problemas con los planes. Oscar se metió en la conversación y dijo que “se decidió que todos los compañeros paguen”.

Algo a lo que hicieron mucha referencia Diego y Oscar son los “contactos” y los “acuerdos políticos” que la organización tiene con diversas oficinas del estado. Primero, la organización tiene “amigotes”, “amigos”, “contactos” dentro de organizaciones y agencias que supuestamente son adversarias. Ahora, estos “amigos” no son espías ni simpatizantes encubiertos: Oscar y otros dirigentes los presentan como adversarios que por diversos motivos les conviene tener una buena relación con la organización. Segundo, los “acuerdos políticos” se presentan como acuerdos que surgen de negociaciones, que permiten torcer o adaptar los requisitos de diversos planes sociales. [...]

Oscar se puso a hablar de estos “acuerdos” y “contactos”. Dijo como ejemplo que [el líder de una organización oficialista] les está dando una mano con obtener la licencia definitiva de la radio. Dijo que lo hace porque “Es político. Ellos saben que en un año y medio a lo mejor estén tirando piedras con nosotros”. Lucrecia dijo “no nos olvidemos que nos consiguió las tierras para construir unas casas”. También mencionaron los contactos que tienen con el ANSES [Oficina de seguridad social]”

Como estas anotaciones sugieren, las diferencias ideológicas no han impedido que numerosas organizaciones de piqueteros desarrollen conexiones con adversarios políticos. Estos vínculos sirven como canales para compartir información y para resolver problemas con la implementación de programas sociales. En el caso anterior, cuando se exigió a algunos miembros de la organización pagar un impuesto específico, la primera reacción de los activistas fue contactar a sus “amigotes” en el gobierno para pedir detalles. Luego de que la carga laboral de uno de los programas se volvió demasiado demandante para ciertos participantes, el grupo negoció un “acuerdo político” que los eximió de dichos requerimientos. Además, el líder de otra organización de base con fuertes lazos con el gobierno ayudó al grupo a obtener recursos cruciales para iniciativas específicas, tales como un proyecto de vivienda y una radio comunitaria. Los funcionarios ayudan a las organizaciones de maneras diversas, procurando asegurar una implementación eficaz de los programas sociales y evitando conflictos abiertos.

Así, aunque las organizaciones oficialistas recibieron más fondos, los grupos opositores también lograron obtener apoyo estatal. En combinación con sus alianzas con otros actores (tales como sindicatos, partidos

de oposición y ONGs), las redes piqueteras menos favorecidas por el gobierno recibieron los recursos necesarios para mantenerse activos. Por ejemplo, la organización de Osvaldo se alió fuertemente con el kirchnerismo, mientras que la de Alejandro se convirtió en una de las más opuestas al mismo. Pese a sus diferencias, ambos activistas describen una mezcla similar de facilitación y obstrucción cuando se refieren a funcionarios estatales:

Hay un Estado cada vez más presente. De un Estado ausente en la década del 90, tenemos un Estado cada vez más presente. Con rémoras, con problemas, con burocracias, con lentitud, en la cual a veces hace falta quemarle una goma en la puerta a algún organismo para que te den bola, o decirle por teléfono "¿qué querés, que te lleve mil tipos y se te sienten ahí hasta que salgas vos y te carneen ahí para que nos des bola?" (Osvaldo)

En la realidad no es nada casual, cuando vos andás en la lucha, en la política, sin ir más lejos vos te encontrás... te puteás, pero después siempre hay un café por medio, dicen 'vos sabés que en tal lado, el gobierno le dio al municipio para que pongan cooperativas' ¿por qué ellos y nosotros no?', vamos y lo peleamos por eso, vamos al municipio, discutimos, discutimos, vamos al Ministerio, como digamos, es la provincia, tenés que ir a la provincia, tenés que ir a la casa de gobierno de la provincia en La Plata, después tenés que ir al Ministerio de Trabajo de La Plata, sí, ahí, al Ministerio de Trabajo, como ahí es todo Planificación, y bueno, hemos llegado a tomarlo ahí... y bueno, discutir ahí, 'o se van o los sacamos o los vamos a matar a palos...' 'nosotros necesitamos trabajar', y eso, hasta que logramos conseguir. (Alejandro)

Las autoridades estatales y los grupos piqueteros han entonces desarrollado una relación compleja pero relativamente estable, especialmente a nivel local, donde los intereses de ambos frecuentemente se alinean. A lo largo de los años, funcionarios y activistas han acordado informalmente una serie de expectativas comunes en relación con el manejo de la asistencia social, que se extiende inclusive a distritos en los que la relación entre los dos actores ha sido tradicionalmente conflictiva. Por ejemplo, Julia frecuentemente recibe apoyo logístico (en forma de autobuses para llevar gente a eventos) del intendente al que su organización se opone:

El intendente conoce lo que yo estoy haciendo. Y cuando yo pido micros que necesito, a veces me ayuda, según. Eso saben todos, me ayuda. No tengo problema. Tengo las puertas abiertas. Porque sabe que en un principio nos fuimos con [Referente] a la municipalidad y le tomamos, y le bajamos el plan trabajar, no tenían ellos.

En el caso de Julia, el intendente se benefició de la ocupación de su propia sede municipal porque ello forzó al gobierno federal a mandar recursos a su distrito (en forma de puestos en un programa de asistencia laboral). La organización de Gustavo constituye otro ejemplo, en el que se puede apreciar una relación

cordial pese a numerosos episodios de hostilidad: “El municipio nos respeta, porque sabe que nosotros sabemos defender lo nuestro. No les conviene que le hagamos lio”. En este caso, la relación entre los piqueteros y las autoridades es sostenida por la certeza de retaliación en caso de engaño. Los funcionarios saben que la organización provee de cursos vocacionales a cientos de personas, y que sus miembros van a “defender lo nuestro” si no se cumplen los acuerdos. Así, pese a la limitada confianza entre ambas partes, la relación se mantiene en virtud del beneficio mutuo: los activistas obtienen recursos, y el distrito ofrece servicios educativos a un bajo costo.

Por lo tanto, a partir de 2003 la estructura de oportunidades políticas para los piqueteros cambió. En vez de favorecer el uso de protestas masivas para extraer concesiones de un gobierno debilitado, tanto el escenario de corto plazo como las transformaciones estructurales en la asistencia social fomentaron el crecimiento institucional de las organizaciones de base. Como resultado, aunque su capacidad de movilización decayó, en otros aspectos algunos grupos piqueteros se fortalecieron. Ahora bien, este proceso no hubiese sido posible sin la inserción de los militantes en tradiciones políticas preexistentes.

Las organizaciones piqueteras como redes de resolución de problemas

La compleja relación entre organizaciones de trabajadores desocupados y otros actores en el contexto post-2003 sugiere la necesidad de reexaminar los orígenes y desarrollo del movimiento. Los grupos piqueteros fueron responsables de importantes innovaciones en la política popular de Argentina (Svampa y Pereyra, 2003; Pereyra, Pérez y Schuster, 2008), combinando una metodología particular de protesta (cortes de ruta), con un mecanismo específico de toma de decisiones (asambleas) y una demanda central (puestos de trabajo) (Svampa y Pereyra, 2003). Asimismo, el movimiento contribuyó a expandir el debate público, incorporando diversos temas en la agenda y promoviendo la adopción de nuevas demandas por parte de otros actores.

Sin embargo, los activistas piqueteros también se han valido de tradiciones establecidas en la política popular argentina. En otras palabras, buena parte del fortalecimiento y persistencia de varias agrupaciones en el movimiento ha tenido que ver con la resonancia entre sus acciones y prácticas organizacionales, culturales y espaciales preexistentes. En relación con nexos institucionales, las agrupaciones piqueteras se desarrollaron como redes de grupos locales semiautónomos coordinados por un liderazgo central (Merklen, 2005; Quirós, 2011; Grimson, Ferraudi Curto y Segura, 2009; Manzano, 2013). Estos grupos y sus miembros mantuvieron conexiones con otros actores de la vida comunitaria, tales como sindicatos, instituciones religiosas, ocupaciones de tierras, y partidos de izquierda (Merklen, 2005; Benclowicz, 2011; Battezzati, 2012). Estos nexos proveyeron de recursos y capacidades que fueron esenciales para la emergencia del movimiento. Arnaldo, uno de los miembros fundadores de su organización, es de los muchos que señalan cómo los piqueteros surgieron de experiencias anteriores:

Esto tiene una formación previa. Esto es del año 98 se formaliza, pero en el 97 ya hubo una asamblea y en el 95 ya se estaba hablando de llevar adelante un área [...] Fijate vos que en el momento, en el 98, 99 se hacen los primeros cortes de ruta no es nuestra organización la que empieza con la proclama, sino la que se adhiere después a esa metodología, y toma el reclamo de los compañeros.

Además de recursos organizacionales, los grupos piqueteros se beneficiaron de su articulación con una cultura política particular. Tal como Robnett (1997) y Wolford (2010) han subrayado para los casos de Estados Unidos y Brasil respectivamente, el éxito de la movilización depende de la habilidad de los activistas para conectar el trabajo de sus organizaciones con guiones culturales y morales específicos a un contexto —lo que Wolford llama “economías morales localizadas” (2010: 19). En el caso de Argentina, las organizaciones piqueteras han estado desde el principio vinculadas a las tradiciones políticas prevalentes en barrios de clase trabajadora, las cuales implican relaciones de reciprocidad y confianza entre referentes y seguidores (Auyero, 2001; Levitsky, 2003; Grimson, Ferraudi Curto y Segura, 2009). Pese a su competencia por recursos con otras redes de asistencia social, el movimiento piquetero nunca dejó de compartir las normas, disposiciones y expectativas que han caracterizado la política popular en Argentina en las últimas décadas.

Por otra parte, las organizaciones de piqueteros se beneficiaron del uso estratégico de dinámicas espaciales con las cuales sus miembros estaban familiarizados. El uso de redes barriales como unidades de organización, la ocupación de espacios públicos para ganar visibilidad, y la utilización de cortes de calle para forzar a las autoridades a negociar han estado presentes en numerosas instancias de acción colectiva de la clase trabajadora en la historia argentina (Merklen, 2005; Pereyra, 2008; Grimson, Ferraudi Curto y Segura, 2009). Como en otros casos de movilización en Latinoamérica (Oslerder, 2016; Wolford, 2010), las organizaciones de piqueteros aprovecharon dinámicas preexistentes para reclutar miembros, lograr sus objetivos y obtener recursos (Svampa y Pereyra, 2003; Quirós, 2011; Batezzati, 2012; Manzano, 2013).

Así, ha sido en gran medida su resonancia con tradiciones políticas locales, más que su ruptura con ellas, lo que ha permitido a los grupos piqueteros expandirse y permanecer activos. Pese a sus aspectos innovadores, desde su surgimiento estos grupos han operado de forma similar a otros actores en la vida política de sus vecindarios (Quirós, 2011; Lapegna, 2013). En particular, el influjo de líderes comunitarios experimentados, una estructura interna flexible, y un repertorio efectivo de protesta han permitido a las organizaciones piqueteras operar como redes eficientes de solución de problemas (Lommintz, 1975; Gonzalez de la Rocha, 1986) a las que las personas recurren cuando enfrentan la pobreza ocasionada por el desempleo. Como destacan dos referentes barriales:

La gente ve nuestro lugar como centro de atención al público, como centro de atención a la sociedad donde van y dicen ‘bueno, tengo este problema’, entre todos, pero no es que nosotros nos sentimos los salvadores, sino que más como “vení, organicemos y vamos a buscar...” y creo que en eso se va convirtiendo como en una familia, muchas cuestiones, porque después la gente se junta a tomar mate, ve lo que pasa, que problemas, trae los problemas de otro vecino (Carlos)

[Me gusta] Ayudar a la gente a que pueda tener un plan. O ayudarlo con mercadería. O decirle: “bueno, tenés tal problema bueno yo te acompaño a hacer tal trámite o lo tenés que hacer así, no te quedés”: Viste. Porque a veces uno mira y hay otro que están peores que uno. A mí, gracias a Dios yo no me inundo, pero hay gente que se inunda. “Bueno, vamos, yo te acompaño al municipio a hablar”: Como ya nos conocen de la organización, entonces como que nos reciben más rápido a nosotros. Entonces me movilizo de esa manera. O hay gente que no sabe los derechos que tienen. No saben que el municipio es el que los tiene que ayudar, ayudarlos con mercadería o cosas que sí le hacen falta, según la situación. Y yo me ocupo de todo eso, igual que los compañeros. A veces sos psicólogo de todos. Porque vienen y te cuenta esto, “mirá tengo este problema, tengo lo otro”. (Giugliana)

La importancia de redes específicas de solución de problemas varía de acuerdo al contexto. A medida que la economía argentina comenzó a recuperarse en 2003, se abrieron más oportunidades laborales. Al mismo tiempo, fuentes de asistencia alternativas, asociadas a partidos políticos tradicionales, oficinas del gobierno, e instituciones caritativas, lograron obtener más recursos. Este escenario afectó severamente el número de personas que se movilizaban a través de redes piqueteras (Pereyra, Pérez y Schuster, 2008; Kaese y Wolff, 2016).

Ahora bien, este desarrollo no afectó seriamente las redes de activistas comprometidos que constituyen el eje de las organizaciones. El contexto posterior al 2003 afectó la capacidad de los grupos piqueteros de atraer y mantener participantes en el corto plazo, reduciendo su membresía general y dificultando la organización de protestas masivas. Sin embargo, algunos grupos fueron capaces de consolidar núcleos de activistas de base comprometidos que continuaron el trabajo político en sus comunidades. Al ofrecer medios básicos de supervivencia a sus miembros, las organizaciones les permiten superar obstáculos que impedirían su participación sostenida. Gloria, por ejemplo, pudo rechazar una oferta laboral que hubiera impedido su vinculación a tiempo completo con el movimiento:

Ellos me decían si quería que... si, si qué pasaría si yo hablo con la organización de quedarme como jefe de personal, [con el] municipio. “Porque usted es una persona que cumple, que esto...” entonces yo decidí, le dije no. “Yo igual le agradezco”, le dije “el ofrecimiento. Porque es mucho más dinero. Pero yo tengo otra ideología. Para mi persona y para mi familia. Y yo quiero seguir aprendiendo, quiero seguir estudiando, quiero seguir, hacer otras cosas, no termina en que vos ganas más”.

Discusión y conclusión

En este artículo he planteado que el declive general del movimiento piquetero entre 2003 y 2015 coincidió con el fortalecimiento de varias organizaciones al interior del mismo. Aunque las oportunidades políticas en dicho periodo fueron menos conducentes a protestas de gran escala, de todos modos favorecieron el desarrollo institucional de grupos de base. Para sostener dicho argumento, he propuesto una nueva conceptualización de mi caso de estudio, subrayando su relación con otras esferas de la vida política local. Mis hallazgos sugieren cuatro puntos principales para el debate en los campos de estudios latinoamericanos, movimientos sociales y sociología política.

En primer lugar, el análisis de movimientos de base como los piqueteros tiene cruciales consecuencias para la gobernanza en Latinoamérica, en especial dada la expansión desigual de la democracia y la persistencia de enclaves autoritarios a nivel subnacional (Durazo Hermann, 2010; Behrend, 2011; Giraudy, 2015). En distintos países, los militantes comunitarios han demostrado ser esenciales para promover el diseño e implementación de políticas inclusivas (Baiocchi, 2005; Goldfrank, 2011). Así, examinar las fortalezas y debilidades de organizaciones de base puede ayudarnos a mejorar la calidad democrática en la región.

En segundo lugar, este artículo enfatiza las conexiones entre los movimientos sociales y otros aspectos de la vida pública. Al ubicar a los piqueteros en un contexto histórico y social particular, podemos tener una idea más clara de sus orígenes y potencialidades. Los aspectos innovadores de un movimiento no deben distraernos de las continuidades con instancias anteriores de acción colectiva. En especial, las trayectorias de organizaciones piqueteras han sido influenciadas notablemente por el legado de movimientos de base pasados (Merklen, 2005; Pereyra, 2008), por su inmersión en una cultura política particular (Grimson, Ferraudi Curto y Segura, 2009; Quirós, 2011), y por una estrategia territorial que resonó con las experiencias de sus miembros (Svampa y Pereyra, 2003; Merklen, 2005). Así, la contextualización de casos como los piqueteros requiere atención a legados organizacionales (McAdam, 1982; Morris, 1984), repertorios culturales (Jasper, 1997; Benford y Snow, 2000; Tilly, 2004) y dinámicas espaciales (Sewell, 2001; Martin y Miller, 2003; Leitner, Sheppard y Sziarto, 2008; Nicholls, Miller y Beaumont, 2013) que influyen en su capacidad de permanecer activos.

Tercero, este estudio resalta la importancia de analizar casos específicos de movilización luego de que dejan de aparecer en los titulares de los diarios. Si el desarrollo de ciclos de contención depende de la persistencia de redes de militantes durante momentos de calma, entonces enfocarse solo en las instancias más visibles de un movimiento social afectará nuestras interpretaciones del mismo. Mientras que las bases de datos cuantitativas pueden ayudarnos a determinar cuándo los ciclos de protestas comienzan y culminan, el destino de grupos y activistas específicos es mucho más complejo. No solo los movimientos dejan rastros, sino que además los participantes mismos se mantienen involucrados durante momentos de calma, sosteniendo sus organizaciones (Rupp y Taylor, 1987), centrándose en problemáticas locales (Staggenborg, 1998) y traduciendo victorias legislativas en políticas efectivas (Andrews, 2004). En otras palabras, la acción colectiva rara vez se desvanece del todo. La frecuencia con la cual protestas masivas emergen cuando los académicos menos lo esperan refleja no solo su inherente complejidad, sino también

(y quizás principalmente) la dificultad de capturar las experiencias de activistas luego de que dejan de ser eminentemente visibles.

En cuarto lugar, la compleja trayectoria de los piqueteros luego de 2003 indica la necesidad de una interpretación más comprensiva de la incorporación de movimientos sociales en el Estado. No solo el debate académico sobre los efectos de la integración de militantes en esferas de gobierno permanece abierto (Gamson, 1975; Piven y Cloward, 1977; Álvarez, 1999, 2009; Andrews, 2004), sino que los propios límites entre el activismo institucionalizado y no institucionalizado son poco claros (Santoro y McGuire, 1997; Banaszak, 2010; Pettinicchio, 2012). En el caso específico de Latinoamérica, dados los intentos de numerosos gobiernos de incorporar organizaciones de base a sus coaliciones de apoyo, así como el rol creciente de estos grupos en la implementación de políticas públicas (Baiocchi, 2005; Park y Richards, 2007; Goldfrank, 2011), conceptos binarios como “cooptación” o “integración” son insuficientes para capturar los intrincados dilemas que los activistas enfrentan cuando interactúan con el Estado.

En conclusión, es importante evadir conceptualizaciones monolíticas del movimiento piquetero. El mismo no solo ha incluido una pluralidad de ideologías, sino que además las organizaciones que lo componen han estado abiertas a agendas y perspectivas variadas. Es en gran medida gracias a esta capacidad de incorporar distintas ideas y demandas que en los últimos veinte años los piqueteros han constituido uno de los ejemplos más importantes de movilización en Latinoamérica. Por lo tanto, discutir qué variante específica es más “auténtica” es probablemente menos productivo que explorar los mecanismos que han hecho posible la persistencia del movimiento en general. Investigar los procesos que contribuyen al sostenimiento de organizaciones de base de distinto tipo es esencial, porque la inclusividad y estabilidad de las jóvenes democracias latinoamericanas depende en buena medida del trabajo complejo, contradictorio, pero siempre crucial de incontables militantes.

Bibliografía

Alvarez, S. (1999). Advocating Feminism: The Latin American feminist NGO ‘boom’. *International Feminist Journal of Politics* 1(2):181-209.

Alvarez, S. (2009). Beyond NGOization?: Reflections from Latin America. *Development* (2009) 52: 175.

Amenta, E. (2006). *When movements matter: The Townsend plan and the rise of social security*. Princeton, Estados Unidos: Princeton University Press.

Andrews, K. (2004). *Freedom Is a Constant Struggle*. Chicago, Estados Unidos: University of Chicago Press.

Auyero, J. (2001). *Poor People's Politics*. Durham, Inglaterra: Duke University Press.

Baiocchi, G. (2005). *Militants and citizens: the politics of participatory democracy in Porto Alegre*. Stanford, Inglaterra: Stanford University Press.

Banaszak, L. A. (2010). *The Women's Movement Inside and Outside the State*. Nueva York, Estados Unidos: Cambridge University Press.

Barrientos, A. y Santibañez, C. (2009). New Forms of Social Assistance and the Evolution of Social Protection in Latin America. *Journal of Latin American Studies*, 41:1-26.

Battezzati, S. (2012). La Tupac Amaru: Intermediación de intereses de los sectores populares informales en la Provincia de Jujuy. *Desarrollo Económico*, 52(205):147-171

Behrend, J. (2011). The Unevenness of Democracy at the Subnational Level: Provincial Closed Games in Argentina. *Latin American Research Review* 46(1):150-176.

Benclowicz, J. D. (2011). Repensando los orígenes del movimiento piquetero: Miseria y experiencias de lucha antes de las contrarreformas de la década de 1990 en el norte argentino. *Latin American Research Review* 46(2):79-103.

Benford, R. y Snow, D. (2000). Framing Processes and Social Movements: An Overview and Assessment. *Annual Review of Sociology*, 26:611-639.

Boyanovsky Bazan, C. (2010). *El Aluvión. Del piquete al gobierno. Los movimientos sociales y el kirchnerismo*. Buenos Aires, Argentina: Sudamericana.

CELS (2003). El Estado frente a la protesta social 1996-2002. Accedido 04/11/2016 de [http://www.cels.org.ar/common/documentos/protesta_social.pdf]

Colectivo Situaciones y MTD Solano (2002). *La Hipótesis 891*. Buenos Aires, Argentina: El Colectivo.

Delamata, G. (2009). Movilización colectiva y transformaciones de la ciudadanía en la Argentina reciente (1980-2007). *Ayer* 1:73-102.

Denzin, N. (1978). *Sociological Methods: A Sourcebook*. Hawthorne, Estados Unidos: Aldine De Gruyter.

Durazo Herrmann, J. (2010). Neo-Patrimonialism and Subnational Authoritarianism in Mexico. The Case of Oaxaca. *Journal of Politics in Latin America* 2(2):85-112.

Edwards, B. y Marullo, S. (1995). Organizational Mortality in a Declining Movement: The Demise of Peace Movement Organizations in the End of the Cold War Era. *American Sociological Review*, 60:805–825.

Emerson, R., Fretz, R. y Shaw, L. (1995). *Writing Ethnographic Fieldnotes*. Chicago, Estados Unidos: University of Chicago Press.

FPDS (2003). *Darío y Maxi: Dignidad piquetera*. Buenos Aires, Argentina: Editorial El Colectivo.

Gamson, W. (1975). *The Strategy of Social Protest*. Belmont, Estados Unidos: Wadsworth.

Garay, C. (2007). Social Policy and Collective Action: Unemployed Workers, Community Associations and Protest in Argentina. *Politics y Society* 35(2):301-328.

Giraudy, A. (2015). *Democrats and autocrats: Pathways of subnational undemocratic regime continuity within democratic countries*. Nueva York, Estados Unidos: Oxford University Press.

Giugni, M. (2008). Political, Biographical, and Cultural Consequences of Social Movements. *Sociology Compass* 2(5):1582–1600.

Giusto, P. (2016). "Por segundo año consecutivo hubo más de 6.000 piquetes". Informe de Monitoreo. Buenos Aires, Argentina: Diagnóstico Político.

Gómez, M. y Massetti, A. (2009) *Los Movimientos Sociales Dicen*. Buenos Aires, Argentina: Nueva Trilce.

González de la Rocha, M. (1986). *Los Recursos de la Pobreza*. Guadalajara, México: CIESAS.

Goldfrank, B. (2010). *Deepening Local Democracy in Latin America*. Pennsylvania, Estados Unidos: University Press.

Grimson, A., Ferraudi Curto, M. C. y Segura. R. (2009). *La Vida Política en los Barrios Populares de Buenos Aires*. Buenos Aires, Argentina: Prometeo.

Hirschman, A. (1982). *Shifting Involvements*. Princeton, Estados Unidos: Princeton University Press.

Jasper, J. (1997). *The Art of Moral Protest*. Chicago, Estados Unidos: University of Chicago Press.

Kaese, F.y Wolff, J. (2016). Piqueteros after the Hype: Unemployed Movements in Argentina, 2008-2015. *European Review of Latin American and Caribbean Studies*, 102: 47-68.

Kohan, A. (2002). *A las calles!* Buenos Aires, Argentina: Colihue.

Lapegna, P. (2013). Social Movements and Patronage Politics: Processes of Demobilization and Dual Pressure. *Sociological Forum*, 28(4): 842-863.

Leitner, H., Sheppard, E., y Sziarto. K. M. (2008). The spatialities of contentious politics. *Transactions of the Institute of British Geographers* 33(2): 157-172.

Levitsky, S. (2003). *Transforming Labor-Based Parties in Latin America*. Nueva York, Estados Unidos: Cambridge University Press.

Levitsky, S. y Roberts, K. (eds.) (2011) *The resurgence of the Latin American Left*. Baltimore, Estados Unidos: John Hopkins University Press.

Lo Vuolo, R., Barbeito, A., Pautassi, L. y Rodríguez, C. (2004) *La pobreza... de la política contra la pobreza*. Buenos Aires, Argentina: Mino y Davila.

Lomnitz, L. (1975). *Cómo Sobreviven los Marginados*. Ciudad de México, México: Siglo XXI.

Manzano, V. (2013). *La Política en Movimiento*. Buenos Aires, Argentina: Prohistoria.

Martin, D. y Miller, B. (2003). Space and contentious politics. *Mobilization: An International Quarterly* 8(2): 143-156.

Mazzeo, M. (2004). *Piqueteros: Notas para una Tipología*. Buenos Aires, Argentina: FISYP.

McAdam, D. (1982). *Political Process and the Development of Black Insurgency*. Chicago, Estados Unidos: University of Chicago Press.

McAdam, D. y Boudet, H. (2012) *Putting Social Movements in their Place*. Nueva York, Estados Unidos: Cambridge University Press.

Melucci, A. (1989). *Nomads of the Present*. Philadelphia, Estados Unidos: Temple University Press.

Merklen, D. (2005). *Pobres ciudadanos*. Buenos Aires, Argentina: Gorla.

Morris, A. (1984). *The Origins of the Civil Rights Movement*. Nueva York, Estados Unidos: Free Press.

MTESS (2010). *Trabajo y Empleo en el Bicentenario*. Accedido 24/09/2015 de [http://www.trabajo.gov.ar/left/estadisticas/bicentenario/Texto_Publicacion_TRABAJO_Y_EMPLEO_EN_EL_BICENTENARIO.pdf]

Nicholls, W., Miller, B. y Beaumont, J. (eds.) (2013) *Spaces of Contention: Spatialities and Social Movements*. Nueva York, Estados Unidos: Routledge.

Nueva Mayoría (2008). Los riesgos del contrapiquete. Accedido 15/02/2016 de [http://www.nuevamayoria.com/index.php?option=com_contentytask=viewyid=414yItemid=1]

Nueva Mayoría (2009). Con 5608 cortes de rutas y vías públicas, el 2008 registro la mayor cantidad de cortes desde 1997. Accedido 09/02/2016 de [http://www.nuevamayoria.com/index.php?option=com_contentytask=viewyid=1192yItemid=30]

Nueva Mayoría (2016). Los Cortes de Rutas y Vías Públicas (1997-2016). Accedido 04/11/2016 de [http://www.nuevamayoria.com/index.php?option=com_contentytask=viewyid=5037yItemid=30]

Oslender, U. (2016). *The Geographies of Social Movements: Afro-Colombian Mobilization and the Aquatic Space*. Durham, Estados Unidos: Duke University Press.

Oviedo, L. (2004). *Una Historia del Movimiento Piquetero*. Buenos Aires, Argentina: Rumbos.

Owens, L. (2009). *Cracking Under Pressure. Narrating the Decline of the Amsterdam Squatters' Movement*. Pennsylvania, Estados Unidos: University Press.

Park, Y. y Richards, P. (2007), Negotiating neoliberal multiculturalism: Mapuche workers in the Chilean state. *Social Forces* 85(3): 1319-1339.

Perelmiter, L. (2012). Fronteras inestables y eficaces. El ingreso de organizaciones de desocupados a la burocracia asistencial del Estado. *Estudios Sociológicos*. 30(89): 431-458.

Pereyra, S. (2008). *¿La lucha es una sola?* Buenos Aires, Argentina: UNGS.

Pereyra, S., Pérez, G. y Schuster, F. (eds.) (2008) *La huella piquetera: avatares de las organizaciones de desocupados después de 2001*. La Plata, Argentina: Al Margen.

Pettinicchio, D. (2012). Institutional Activism: Reconsidering the Insider/Outsider Dichotomy. *Sociology Compass* 6(6): 499-510.

Piven, F. y Cloward, R. (1977). *Poor People's Movements. Why they succeed, how they fail*. Nueva York, Estados Unidos: Vintage.

Pozzi, P. y Fabio N. (2015). Argentina a Decade after the Collapse: The Causes of the Crisis and Structural Changes *Latin American Perspectives*. 42: 3-10.

Quirós, J. (2011). *El Porqué de los Que Van*. Buenos Aires, Argentina: Antropofagia.

Roberts, K. (2008). The Mobilization of Opposition to Economic Liberalization. *Annual Review of Political Science*. 11: 327-349.

Robnett, B. (1997). *How long? How long? African-American women in the struggle for civil rights*. Nueva York, Estados Unidos: Oxford University Press.

Rossi, F. (2015). The Second Wave of Incorporation in Latin America: A Conceptualization of the Quest for Inclusion Applied to Argentina. *Latin American Politics and Society* 57(1): 1-28

Rupp, L. y Taylor, V. (1987). *Survival in the Doldrums: The American Women's Rights Movement, 1945 to the 1960s*. Nueva York, Estados Unidos: Oxford University Press.

Russo, S. (2010). *Milagro Sala Jallalla*. Buenos Aires, Argentina: Colihue.

Santoro, W. y McGuire, G. (1997) Social movement insiders: The impact of institutional activists on affirmative action and comparable worth policies. *Social Problems* 44(4): 503-519.

Schuster, F., Pérez, G., Pereyra, S., Armesto, M., Armelino, M., García, A., Natalucci, A., Vazquez, M. y Zipcioglu, P. (2006). Transformaciones de la protesta social en Argentina (1989-2003). Documento de Trabajo 48; Instituto Gino Germani, Universidad de Buenos Aires.

Sewell, W. (1980). *Work and Revolution in France*. Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press.

Sewell, W. (2001). Space in contentious politics. En Aminzade, R., *Silence and voice in the study of contentious politics*, pp. 51-88. Nueva York, Estados Unidos: Cambridge University Press.

Silva, E. (2009). *Challenging Neoliberalism in Latin America*. Nueva York, Estados Unidos: Cambridge University Press.

Staggenborg, S. (1998). Social Movement Communities and Cycles of Protest: The Emergence and Maintenance of a Local Women's Movement. *Social Problems*. 45(2): 180-204

Svampa, M. (2008). *Cambio de época*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.

Svampa, M. y Pereyra, S. (2003). *Entre la Ruta y el Barrio*. Buenos Aires, Argentina: Biblios.

Tarrow, S. (1994). *Power in Movement*. Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press.

Tilly, C. (2004). *Social Movements. 1768-2004*. Boulder, Estados Unidos: Paradigm.

Thompson, E. P. (1971). The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century. *Past and Present*: 50: 76-136.

UTDT (2011). Índice de Confianza en el Gobierno (Febrero 2011). Accedido 03/05/2011 de [http://www.utdt.edu/download.php?fname=_129892560455381800.pdf]

Viterna, J. (2013). *Women in War. The Micro-Processes of Mobilization in El Salvador*. Nueva York, Estados Unidos: Oxford University Press.

Weiss, R. (1994). *Learning from Strangers*. Nueva York, Estados Unidos: Free Press.

Wolford, W. (2010). *This land is ours now: social mobilization and the meanings of land in Brazil*. Durham, Inglaterra: Duke University Press.

Young, G. (2008). *Negro contra Blanco*. Buenos Aires, Argentina: Planeta.